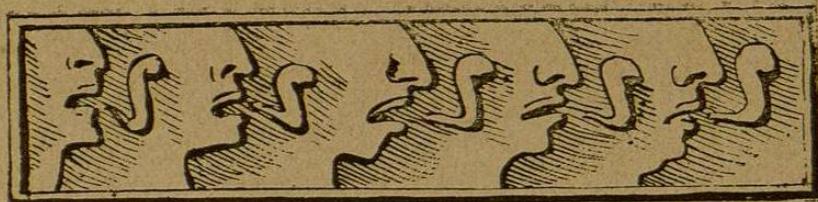


Pero este primitivo autor no conoció el uso de las pipas, tan extendido en el centro del Continente Norte, y de las que tan curiosos ejemplares nos han proporcionado las exploraciones de los Mound Builders; la pipa resulta un aparato de origen genuinamente norte-americano. Los indígenas habitantes de aquellas llanuras se esmeraron en su labor, realizando en ellas cuanto su arte pudo alcanzar, haciéndolas de barro cocido, esteatita, piedra más dura y cobre; debieron tener un principio religioso, si hemos de tomar como dato el que aun hoy la pipa pasa de mano en mano entre los Sacerdotes de varias tribus, congregados para comenzar sus ceremonias; pero el mayor interés que nos ofrecen estos útiles salidos á la luz, de los montículos norte-americanos, es que en ellos vemos representados gran cantidad de animales, hoy sólo existentes en las regiones del Sur, habiendo desaparecido de su primitivo asiento, sin duda á causa de cambios climatológicos; pero los tipos humanos esculpidos en ellas corresponden al de los Pieles-Rojas y otros adjuntos, con indicaciones muy marcadas del tatuaje, al igual que aún hoy se ven entre los indígenas más fumadores americanos. La planta del tabaco fué desde un principio tan estimada, que se recibía entre ellos como precio de rescate; los aztecas, que tantos hábitos primitivos conservaron, fumaban el *yetl*, ya en forma de *pocyetl* ó puro y *acayetl* ó picado; pero digno de consignar es que nunca llegaron á fumar los pueblos más cultos precolombinos, pues ni los nahuas no indígenas, ni los mayas, ni los peruanos dejaron memorias de haber tenido tal vicio ó costumbre, tan aceptada hoy entre las naciones más civilizadas: y ya que de vicios de los antiguos americanos tratamos, no dejaremos de consignar su desenfrenado y general hábito de la embriaguez, origen entre ellos de las más repugnantes obscenidades, en las que superaron á todos los pueblos.



IV

Lingüística.



ASE dado gran importancia en nuestros días al estudio de las lenguas, para inquirir sobre los orígenes y relaciones de los pueblos, pretendiéndose obtener por ellas pruebas irrefutables acerca de su antigüedad y parentesco entre sí más ó menos lejano.

No deja de ser, sin embargo, este terreno muy inseguro, y por el que se ha ido algunas veces mucho más lejos de lo que la prudencia científica aconseja, ocurriendo últimamente ciertos conflictos entre la filología y la antropología; pero no hemos de concederle nosotros menor atención, ni ha de dejar de servirnos su análisis para obtener valiosas deducciones, pues aunque muchos fenómenos lingüísticos son casi inexplicables, siempre brota cierta luz del examen de su conjunto, y bien podremos lograr, mediante él, algunos datos de indudable importancia.

En el cuadro de las lenguas americanas, primeramente trazado por el español Hervas, existe tal variedad que parecen resistir á su clasificación en grupos ó épocas, razas ó

naciones. Privadas, por otra parte, de originalidad y carácter definido, tanto en sus voces como en su contextura gramatical, vienen á presentar á cada paso semejanzas y analogías con casi todas las conocidas, hasta con las más clásicas, pues apenas existirá alguna de las del Antiguo Mundo que no se vea reflejada en su vocabulario, aunque obedezcan las americanas por su artificio gramatical á más reducidos patrones. Parece como si todas hubieran concurrido á darles raíces para ser usadas después por razas inferiores que las amoldaron á su sistema gramatical conglomerante; pero no se pierda de vista, para explicar este fenómeno, que venimos considerando á los pueblos americanos como ramificaciones del gran árbol humano, cuya savia proviene de lejano tronco común, siendo esto una prueba más de su lejano origen, por lo que, á pesar de tan grande confusión, vamos á pretender generalizar algo sobre tan complicada materia.

Difícilísimo es seguir los pasos de cada voz y de cada raíz para indagar el camino que ha recorrido desde su origen y las modificaciones que en tal viaje ha experimentado, hasta adquirir la forma en que la encontramos; asunto que si de tan difícil solución es entre las lenguas más conocidas, dando lugar por ello á veces á las más alambicadas y caprichosas etimologías, aún más lo ha de ser entre las americanas, apenas antes comparadas y de tan obscura historia. Por esto, si logramos definir en tal cuadro algunos lineamientos, harto habremos obtenido, y más si recaen en apoyo de la tesis general que venimos sosteniendo.

No debemos ya admitir que una lengua sea más ó menos antigua por la especialidad de su contextura gramatical, ni que para llegar á la flexión de las más perfectas, sea preciso el trabajo de varios pueblos, que empezando por el monosilabismo primitivo pasen por la aglutinación para llegar á la flexión; esto es hoy completamente inadmisibile, pues el empleo de uno ú otro sistema por cada gente, es caso puramente étnico, que en nada indica mayor ó menor antigüedad. Sólo en la escasez ó riqueza de voces y matices gramaticales, sólo en el estado más ó menos artístico ó de descompo-

sición en que se halle una lengua, podemos basarnos para deducir acerca de su edad, teniendo siempre en cuenta la capacidad intelectual y condiciones de raza del pueblo que la emplea.

Para esta especie de cronología filológica, para esta extracción del lenguaje americano, debemos empezar por el estudio de los idiomas del Sur y remontarnos hacia el Norte, si hemos de proceder de lo simple á lo complejo, de lo más antiguo á lo más moderno, pues seguramente en ambos extremos encontraremos los de su cronología.

Arrolladas las razas más primitivas é inferiores á los confines meridionales por el empuje de las emigraciones de otras de relativa superior cultura, nos encontramos entre las tribus que manifiestan el mayor atraso con las lenguas más pobres y poco pulimentadas. Allí hallamos á los habitantes de la Tierra del Fuego, que, según eminentes americanistas (1) en su lengua más culta, el *yahgan* es quizá donde se ve más extremado el aglutinamiento general á todas las precolombinas, siendo su declinación pobrísima, distinguiendo sólo el caso directo, ó sea el acusativo, á cambio de una conjugación con cuatro números y otras particularidades que la alejan grandemente del cuadro general de estos idiomas, manifestando su salvaje organismo.

También entre las lenguas de los pampas las tenemos de una rudeza extraordinaria; del *charrua*, dice Azara que era todo nasal y gutural, diferente de los demás de tal suerte, que nuestro alfabeto no podía expresar el sonido de sus sílabas casi inarticuladas, asimilándolo D'Orbigny al de los puelches y tobas.

Entre las lenguas del Gran Chaco, como el *guaycuru* y otras más rudimentarias, aparecen casi todas careciendo de numerales, fenómeno rarísimo y que indica el estado de atraso y la rudeza de aquellos pueblos, apenas sabiendo contar por los dedos.

La enorme extensión del Continente Meridional muéstrase

(1) L. Adam y antes Von Martius.

por lo demás dividido filológicamente en dos grandes grupos: uno atlántico, representado principalmente por el *goajiro*, *caribe* y sus dialectos, con los extendidos idiomas *tupi* ó *guarani*, y el *chiquito* de Bolivia, más pobre que los otros y que parece enlazarse con los primeros consignados, y otra gran rama andina, occidental, que se extiende desde el *Choco* hasta el *Araucano*, trasvasando algunas veces las montañas é invadiendo en cierta extensión las regiones orientales.

El primero de estos dos grupos merece, filológicamente estimado, la consideración del más genuino americano: el sinnúmero de lenguas de que consta, presenta, á más de su gran unidad en la formación, una pureza de raíces que sólo admiten parentesco con aquellas proto-asiáticas, polinésicas y africanas, pertenecientes á pueblos que tuvieron que abandonar el continente asiático á causa del empuje de otros invasores más poderosos.

El *goajiro-arawak*, el primer idioma que oyeron los españoles al pisar tierra americana, extendido entonces por todas las Antillas, y considerado por muchos como hermano del caribe, preséntase aglutinante en superior grado; nada de mociones para los géneros y casos; nada de terminaciones para los números; ellos dicen, traducido, *toro macho* y *toro hembra*; *hombre uno* y *hombre muchos*, con todos los demás caracteres que determinan el fondo rudo é inflexible de estos idiomas de tan somera morfología. Es, sin embargo, su vocabulario bastante rico; su numeración decimal; sus pronombres sustantivos y adjetivos y su conjugación con numerosos tiempos, pero todos perifrásticos y con adiciones personales é índices temporales, como no podía por menos de suceder dada la índole del idioma, proporcionando todo ello, como decimos, acabado ejemplar de idioma puramente americano.

Iguales interesantes particularidades se encuentran en las demás lenguas de esta gran región, que van perdiendo en riqueza y organismo gramatical cuanto más se acercan hacia el Sur, como acontece con el *tapuya* ó brasileño y el interesante *tupi* ó *guarani*, eminentemente polisintético é incorporativo, con numeración sólo quinary, y mucho más pobre

en formas conjugables, de iguales posposiciones para ambos números en la declinación, y necesitando para distinguir los plurales, el empleo de la partícula *heta*.

El *chiquito*, el *omaya* y sus dialectos completan el somero cuadro de las lenguas en esta gran región, en cuyo estudio no podemos detenernos, consignando sólo que las semejanzas semíticas y hasta fenicias que algunos han querido encontrar en ellas son tan violentas, que nunca producen el convencimiento de su existencia.

Donde se ven éstas realmente más marcadas es en la gran rama andina, ó del Pacífico, empezando á aparecer en el *chipcha*, y definiéndose más claramente en el *quichua*, el idioma de los Incas, cuyas grandes analogías con el protomédico, recientemente estudiado por el gran orientalista Mr. Oppert, llegan á tanto que les hace perder mucho de la condición general polisintética de las lenguas americanas, empleando en su lugar procedimientos gramaticales reconocidamente semíticos.

Estos repetidos caracteres asimilativos de los peruanos con las razas semíticas del Asia, aumentan las pruebas, ó por lo menos las conjeturas de su origen y emigración, los que más adelante veremos patentizarse en sus bellas artes, y ya hemos observado algo en su constitución é instituciones. Hermandad grande con el *quichua* ofrece el *aimará*, idiomas ambos en los que vemos un organismo gramatical completo, con su declinación y conjugación ricas en formas, empleando la aglutinación de la más parca y simple manera, apareciendo por lo demás en la propia región el *yunca*, el *poquina* y el *atacameño* como restos lenguáticos de pueblos anteriores á la dominación incásica, de mayores semejanzas con los estudiados en la región atlántica, y, por tanto, más rudos y primitivos.

Los idiomas de la región central, entre los dos istmos, ofrecen la misma amalgama y compenetración entre sí que las tribus por allí pasadas al Sur y establecidas en aquellos territorios occidentales; pero destácase entre ellas el *quiché-maya*, que con el nahuatl, que encontraremos en Méjico, parecen ser los idiomas más cultivados y enriquecidos de toda la América,

correspondientes, sin duda, á las más adelantadas civilizaciones en el Nuevo Mundo.

La gente maya y quiché del Yucatán y Guatemala, á la que hay que concederles un origen tolteca, diferían mucho de los aztecas en su lengua, conservando desde luego el maya-quiché mayor pureza originaria que el amalgamado azteca, como más puras eran al principio sus creencias, ciencias é instituciones, viciadas también al cabo por las invasiones aztecas, que influyen grandemente para modificar su lenguaje.

Desde el 1560, que escribe y publica su *Arte del Idioma Maya* Fr. Francisco Gabriel de San Buenaventura, existe muy respetable serie de trabajos sobre esta lengua, entre ellos el *Gran Diccionario*, debido á Fr. Antonio de Ciudad Real, de principios del siglo XVII, con otros en la misma centuria, y hasta nuestros días, que demuestran la gran importancia dada desde el primer momento al lenguaje de las gentes más civilizadas del Nuevo Mundo, ofreciendo por su parte verdaderas bellezas en su sonido y mecanismo, bellezas que alcanzan á su conexo el *quiché*, con sus numerosos dialectos el *trotzil*, el *chol*, el *totomaco* y tantos otros.

Este gran grupo ofrece ya marcadísimas afinidades con las lenguas asiáticas jafélicas, hasta el punto de poderlas asimilar en ciertos momentos á los idiomas llamados indogermánicos, como el *chiapanec*, apenas aglutinante, y el *tarasco*, con un verbo casi greco-sanscrito, ó *zendo*, sin que por esto falten entre ellos dicciones semíticas y hasta vascas, adquiridas por contacto con las aborígenes, como haríamos patentes á poder entrar en su estudio detallado.

Parentesco muy palpable con este idioma ofrece el *otomí* y el *pamé*, más tantos otros que corresponden á los pueblos que tuvieron asiento en la parte más meridional del Continente Norte Americano, sobre los que dan mucha luz los antecedentes históricos que de ellos tenemos, que nos explican á su vez bastantes de los fenómenos lingüísticos encontrados por los filólogos en todas estas regiones.

Muy semejantes con estos idiomas debieron ser los hablados por varios pueblos primitivos al Norte de Méjico, como

por varios datos vienen á presumir autores tan respetables como Brinton y otros modernos, apareciendo también el *nahuatl*, últimamente hablado por los aztecas, como una lengua extraña adoptada por ellos, á semejanza de lo que ocurrió entre nosotros con el latín clásico, usado por los invasores visigodos, aunque modificándolo más profundamente.

Queda, pues, en primer término, en el Continente Norte el *nahuatl*, de que venimos hablando, que ha tenido, como todo lo mejicano, el privilegio de ocupar preferentemente la atención, desde que se estudian las cosas de la América. Apenas verificamos la conquista de aquel Imperio, procedióse con gran interés á su examen, adquiriéndolo hoy de nuevo por los trabajos encaminados á descubrir sus orígenes y elementos que lo constituyeron. Resultado esta lengua de muy larga formación en el Anahuac, hasta obtener la forma en que nosotros la encontramos, nótese en ella un cultivo que le proporciona más flexibilidad y riqueza que otra alguna americana, pero esto á costa de su pureza y casticidad, pues tanto en sus raíces como en su gramática, muestra al punto las más extrañas influencias, alternando las semíticas y turanio-eúskaras con gran cantidad de voces que recuerdan hasta al griego clásico y al noruego, presentando en su fonética la tendencia á la cerebralización, ó sea la preferencia del uso de las lingüales, propia de los dialectos asiático-orientales, que, como ella, terminan muchas palabras en *tl*.

No es extraña esta mezcla, resultado de todos los pueblos que van pasando por aquel territorio; introducida quizá por los toltecas, en cuya derivación el maya y chiapanec hemos observado tantos recuerdos jafélicos ó germanos, van sobreponiéndose á este originario idioma aquellas otras accesiones adquiridas por la invasión de las tribus bárbaras que se suceden en el país, siendo los aztecas los últimos que le imprimen su marcadísimo carácter incorporante, al extremo que ninguna otra lengua conocida ha llevado, llegando á formar palabras de tal extensión, que dejan muy atrás en su complejo significado á las más extensas vascas y sanscritas que podamos recordar. Bien se comprende así que después de

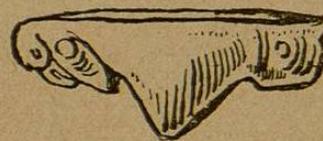
tantas modificaciones apenas pudieran entenderse cuando la conquista los mayas con las gentes del Anahuac.

Caracteres muy distintos convienen y presentan las lenguas americanas conforme avanzamos á las regiones del Norte. Las razas pobladoras de los territorios ocupados hoy por los Estados Unidos, cerca del centro sin duda de las emigraciones al Anahuac, vuelven á mostrar aquellas formas que calificábamos de más genuinamente americanas, cuando consignábamos las de la gran masa oriental del Continente Sur, llegando con esto á los idiomas de la región Norte, que ofrecen caracteres más modernos, similares con las lenguas nuevas del extremo oriente asiático.

Ya en el *pamé* y *otomí* empiezan á aparecer estos cambios en el espíritu de los idiomas, cambio que se presenta franco y con todas sus consecuencias en las lenguas de la parte más norte y occidental de América. Marcadísimos caracteres gramaticales y léxicos japoneses y mandarinos van mostrándose en ellas, tales como la *alaskana*, la de los algonquiáanos, de los natches y esquimales en general, orientales y occidentales. Entre estos últimos del río Makencie encontramos los plurales en *ke-t* (kiag, kieu y kiu de los chinos); los pronombres apositivos tan semejantes á los japoneses, chinos y mandarinos, con otras particularidades que alcanzan al algonquiáano y al hinkit, en el que comienzan muchas palabras por *k ó t, s, m, n*, careciendo como el chino de la letra *v*, y otros dialectos que por su contextura gramatical y vocabulario parecen formar un grupo de transición entre la rama aglutinante y la monosilábica, entre el gran grupo polar y el chino con sus dialectos.

Larguísimo sería entrar en el estudio de cada una de estas lenguas y presentar ejemplos y comparaciones que fortalecieran nuestro aserto; pero señalado lo más culminante, basta con lo apuntado para ver en ello una estrictificación y geografía que, lejos de contradecir, conviene y afirma lo que venimos sosteniendo respecto á la etnografía é historia más probable de las gentes en el Nuevo Mundo. En el resbaladizo terreno de las comparaciones léxicas apenas vemos nada, sin

embargo, que proceda directamente de los idiomas europeos en su florecimiento clásico, por más que prevalezcan ciertas comunes radicales. Las lenguas humanas forman un gran árbol cuyas últimas ramas alcanzan, á veces, muy lejos de su origen, y cuyos frutos son las palabras, nutridas por la sávia que llega á ellas desde las más lejanas raíces. Su mayor examen nos va demostrando cuán semejantes son en sus elementos, aun dentro de su aparente variedad, quedando ahora por hacer el estudio del camino que aquella sávia sigue á través del complicado ramaje y los injertos que por contactos naturalmente se producen. En el Asia está el gran tronco común que extiende por uno y otro lado del mundo entero su espesa copa, vária en sus frutos según las gentes y las tierras á que alcanza, y por América vemos dilatarse una gran rama que presenta gran unidad en su aspecto; el carácter aglutinante llega á imponerse en su mayor superficie; originario de la población más densa y primitiva, concluye por influir sobre los pueblos superiores, con quienes experimenta tan íntimo contacto, y en ninguna otra parte hallamos sus congéneres más patentes que en aquellos idiomas proto-asiáticos, consignados por Tèrrier de Lacoupier en su citada obra de *Las lenguas de la China antes de los chinos*, que por este motivo volvemos á recomendar especialmente á nuestros lectores (1).



(1) Los aficionados á estos estudios encontrarán una buena guía para los idiomas americanos en las dos *Conferencias* dadas en el Ateneo de Madrid, con motivo del Centenario, por el Sr. D. Francisco Fernández y González, y pueden consultar también la *Bibliografía española de las lenguas indígenas de América*, por el Conde de la Viñaza, por igual fecha.